

LIBROS

DEL TRANSITO AL EMBOTELLE

Luis López Alvarez, *Tránsito*.
Ed. Joaquín Mortiz. México 1979, 57 pp.

POR GUILLERMO SHERIDAN

En las páginas de su diario, Gide recomienda que no haya música en el cuarto de trabajo, ni pinturas ni ventanas. Por supuesto, dice, lo que menos debe haber ahí es libros o, cuando sea inevitable, apenas algo "ligero" (él recomienda *La Enciclopedia*). Lo que sí debe estar siempre sobre el escritorio, insiste, es muchos diccionarios. Parecería que Luis López Alvarez sigue a pie juntillas esa sugerencia. La primera parte de su *Tránsito*, fechado por cierto en La Habana y en París entre 1975 y 1977, le merece el deseo al lector, en momentos, de que sea, en efecto, transitoria. Es tal el cúmulo de palabras extrañas, locales si no es que privadas, tales las enumeraciones surgidas del Sainz de Robles, que en momentos se antoja haberse levantado sufriendo una suerte de incurable dislexia:

Tú ten prestos los adrales del carro
y presta la tartana
aun si las aceñas no muelen
y de nada sirven cárcavos, de nada las
borigas.

Incurable porque en varios casos ni los más egregios diccionarios pueden sanar al (limitado) lector. A buen entendedor, pocos glosarios, esta leve basura en la perla de López Alvarez se encuentra peligrosamente cercana a la epidermis de la joya y lastimosamente lejana de la solvencia de las palabras-maleta de Sousa Andrade, de Vallejo o de Gironde. Lo mismo vale decir del placer nervioso que López Alvarez ejerce sobre la aliteración:

tarántula de taumaturgia tántrica
que tálamo de tántalo es amar,
amar, amor, borujo, barredura, borra,
amor borrón y cuenta en agua de borra-
jas.

Llega un momento en casi todos estos primeros poemas del libro en que lo poético se rinde y se inmolaba en lo fático y su énfasis

trueca lo discursivo en ruido. La originalidad limita a veces y se hace inhabitable si volcada en su artificio termina por cerrarse: es entonces cuando la escritura ya no colabora a delinear un rostro sino el rostro de nuestras ocurrencias.

Todo lo cual no deja de ser lastimoso si se considera la extraordinaria habilidad y la agresiva belleza de varios poemas en el libro. Se trata de una poesía meritoria que no excluye el balbuceo, el placer de acchar las ideas con el lenguaje, la irreverencia y la autoparodia que no deja de ser ocasionalmente la parodia de todos. En este sentido el lector piensa en la justicia del título del poemario: trátase más del tránsito entre las cosas que de las cosas mismas. Poesía molecular, la de López Alvarez, descabellada y todo, encuentra su propia voz en una especie de automatismo asociativo que realiza entre las ideas algo parecido a lo que logran la precipitación aliterante que se mencionó arriba. Es decir, sus virajes incontenibles aparecen indiscriminadamente entre los átomos que forman la molécula de cada poema. Eso es lo que permite que en algunos de ellos, los mejores, se puedan reunir campos de misi-

les avencindados con tierras de labranza o con selvas que devienen "amable musgo, cabello/ tomelloso de mujer...". De ahí que en principio se tenga a veces la impresión de estar leyendo párrafos empastados con otros de otro poema, cuando en realidad se debe a minuciosos *shifters*, a delicados giros de la peonza, el pasar de un asunto a otro por arte sólo de intrigante divagación. López Alvarez no discrimina su escritura, se deja llevar por el antojo, por la mano dadivosa de lo poético hacia donde esta quiera, hacia otro poema dentro del que le dio origen. Entre el genitor y el vástago hay un tránsito verbal que de continuo forma el sentido del poema:

Hay lo que reflejamos y aquello
que a su guisa
nos atraviesa de continuo,
poco, en fin,
lo retenido.
Puerta somos,
dosel
que una espada atraviesa
que alguien
asesina a través nuestro
lo que quisimos proteger.
En dóciles avenales
grávidas oscilan las mieses
vibrando cual voz
que aún antes de pronunciada
dibujó ya la palabra
se hizo
molde de lo que iba a moldear.

Pero este tránsito entre lo que el poema es y lo que sugiere y lo que se dice o toca al querer agotar su sugerencia en el poema mismo, también se encarna, se escritura, en la relación entre el mundo y los diccionarios, entre la realidad y sus inventarios. Las diferentes instancias que provoca el poema al encadenarse con la volátil celeridad de quien lo escribe, las diferentes narrativas que pueden desglosarse en cada poema y que suelen obedecer casi siempre a este esquema (reflexión-ilustración-digestión) significan otro tránsito no menos interesante, aquel que es parte de nuestra naturaleza misma, el que nos es consustancial: "tránsito eres y en tránsito, te habrás de convertir". El tránsito de López Alvarez abarca y habita diversas y complementarias categorías: desea colarse en el tren de la historia junto a "los hombres", observa con singular ironía desde las minucias agronómicas hasta la danza sideral de las esferas, enumera lo experimentado y lo experimentable, la jabalina y el holocausto atómico, recorre toda la escala social desde cóncavas princesas de ojos borceguies hasta "hombres en querencia de tierra", su atomismo sentimental lo



hace poner sobre la mesa de disección humor, cultismo, ironía junto a una máquina excesiva de poetizar; su sintaxis retorcida corre entre madrigueras empapeladas de diccionarios y rostros sometidos al imperio del azar, de un azar (y este es un tema recurrente en todo el libro) impuesto sobre la proliferación de la realidad por la proliferación de armas nucleares entre selvas, nostalgias y comportamientos cotidianos:

Como un aeróstato se alza el hongo atómico,
tras él
la ráfaga de la onda explosiva
y se llevan las manos a la boca, las manos a
la nuca
cual si fueran sus únicas partes vulnerables.
Barro,
barro aplicas en la picadura de la avispa,
enjambre de amarillas,
desazón de existir.

Entre su afán apocalíptico y sus momentos de gran ternura, este tránsito une y separa, evoca y sugiere con todo y su notable irregularidad en lo que toca al uso del lenguaje. Espera el lector que el tránsito entre éste y el próximo poemario sea breve y que ayude a limar las asperezas que resultan de un poeta tan preocupado por la poesía que corre el peligro de caer en el prosaísmo, de un poeta capaz de unir una extraña originalidad a un abrumador desencanto retórico.

MÁS LE QUEDA AL TIGRE CUANDO ENVEJECE

Eduardo Lizalde, *Caza mayor*, México, UNAM, 1979, 62 pp., Col. Cuadernos de poesía.

POR JAIME MORENO VILLARREAL

Eduardo Lizalde, la zorra política y vitalmente enferma ("La perfecta salud, dijo, estorba el pensamiento y anexas corrupciones"), vuelve a ser el tigre, y como felino es una astuta zorra y un feroz poeta.

Es astuta zorra que no permite que su *Caza mayor* imite como nunca buena segunda parte a *El tigre en la casa* (Universidad de Guanajuato, 1969), sino que traza en su nuevo libro una obra basada en la diferencia que un escritor ha de guardar siempre con respecto a su producción anterior para no caer en el autorrefrito; y es feroz poeta que roe sus palabras para pulir hasta el hueso no el poema —pues el tigre es elegante pero tosco— sino la poesía carnosa. Por esto, el libro de Lizalde es antes un libro de poesía que un libro de poemas.

Caza mayor entrega en su título dos sugerencias. La primera en cuanto a que puede ser el reconocimiento que el propio autor hace a una obra mayor dentro de su producción; mas por otra parte puede considerarse también —y esto específica-

mente en referencia a los temas y el tono del libro— como una alusión a la obra de un hombre de edad. Lizalde cumplió cincuenta años en 1979 y el tigre comienza a hablar de su vejez, pero habla como el que canta en arte mayor.

Diez años más tarde, el tigre es otro. Teme a la muerte y se deja rondar por ella. La muerte es el tigre de los tigres que sorprende, arrebatada y extermina a la especie. Ya el gran felino no es aquél de *El tigre en la casa*, más portentoso y al mismo tiempo menos asible que hacía intuir con terror: "hay un tigre encerrado en todo esto", y propiciaba la mayor precaución: "ni siquiera lo huelo para que no me mate". La bestia carnívora, el "gran perverso" es visto ahora de cerca por Lizalde como "una criatura patética y enferma", y en el destino de su especie sólo se vislumbra la extinción. Como triste premonición del cercano futuro del tigre, se muestra al lobo envejecido cuya decadencia lo deja inermemente ante coyotes y hienas carroñeras, lo hace alimentarse de los restos abandonados por los animales de rapiña aunque "él sueña en la luz de unos filetes de venado a la inglesa".

El tigre puede envejecer, pero la poesía aún madura. Lizalde recupera y sintetiza elementos de sus libros anteriores. Su queja por el dolor de la pérdida de tanto amor que se acumula para desvanecerse (en *El tigre en la casa*) así como su azoro ante la luz que, como el amor, "arrastra en su desastre todo lo que ilumina" (en *La zorra enferma*, Joaquín Mortiz, 1975), se vuelven a fundir en *Caza mayor*: "Qué desperdicio, luz, qué desperdicio", porque para el tigre que envejece es evidente el próximo advenimiento de las pérdidas.

Madurar para la poesía es cuajar sus intenciones. En *El tigre en la casa*, el autor mostraba intenciones de contundencia que a veces eran un fracaso: "El odio es la sola prueba indudable de la existencia", y a veces quejaban sin rebasar la sugerencia: "Pero el amor es todo lo contrario del amor". En uno y otro caso Lizalde se constreñía a la búsqueda de una definición luminosa. Sólo cuando rompía el esquema de la definición su lenguaje creaba libremente: "El miedo hace existir a la tarántula". En *Caza mayor* desaparece la definición y triunfa la contundencia menos buscada pero, al fin, más brillante:

El Universo ha sido pensado por un niño
—eso, se sabe—
y un tigre lo gobierna.

Blake preguntaba si el creador del cordero y del tigre era el mismo y si acaso había sonreído al contemplar su obra rayada. Lizalde adelanta la respuesta afirmativa a la duda de Blake. Para gusto de Jehová, lo creado se destruye. El mismo destructor creado por Dios se destruirá al aniquilar al destructor creado por el hombre y que "ya patrulla las ciudades", un irónico Fiat tigris. Y en el festín de la aniquilación no serán ni el hombre ni el tigre los que sobrevivan; todo el festín será para las ratas. Si el mismo Dios creó al cordero y al tigre y sonrió complacido de su obra, la destrucción es su signo y el mundo será el pan de

